



## NÚMERO PROVISIONAL

Orense 30 de Junio de 1901

### Candilazos

Los aficionados á ver los toros desde la barrera pueden estar satisfechos. Apenas terminada la ya célebre cuestión de la base sesta, que proporcionó un batacazo mortal á uno de los lidiadores, se anuncia una competencia taurómaco-literaria entre dos valientes diestros, uno de los cuales pretende sin duda *tomar la alternativa*. Animo, y á la cabeza!

Apesar de mi poca afición á esta clase de lides, confieso á ustedes que también tengo en las venas un poquito de sangre torera; pero como yo no pienso *torrear* en competencia con nadie, me limitaré á salir de la *suerte* como Dios me dé á entender y el público dirá si este humilde novillero fué de su gusto.

Mucho *juego* han dado ya los Juegos Florales y aun no se ha tratado de la cuestión principal. Es preciso decir y demostrar que muchas de las composiciones poéticas premiadas son indignas (así, claro) del honor que se las ha otorgado, pues constituyen una verdadera infracción de las leyes del buen gusto, y algunas, hasta un desacato al sentido común.

Y no vale argüir, en defensa del fallo, que en esta clase de certámenes ha de atenderse al mérito relativo de las composiciones que concurren, pues no hay relatividad que valga, tratándose de poesías malas en absoluto.

De otro modo, caeríamos en el ridículo distinguo del donoso D. Hermógenes de la Comedia Nueva, al empeñarse en demostrar que *tres* no es una cantidad pequeña, «porque nada hay que sea poco ni mucho *per se*, sino respectivamente.»

Antes de seguir, me interesa declarar que no he concurrido al certámen; porque nunca *me sentí* Alberto Lista, ni siquiera Muñoz Pavón ó Enrique Cantón (Y perdonen ustedes la inevitable consonancia).

No me guía, pues, el despecho, ni me ofusca el amor propio lastimado. Y esto dicho, vamos al grano, dejando la paja para algún pseudo poeta.

Empecemos por el *poeta natural*, que, triunfan-

te en diversos Juegos Florales, no podía quedar desairado en los de Orense.

Y, dígame el lector de buen gusto ¿parece, á su juicio, la oda de Jesús crucificado, el premio de honor, aún suponiendo (y es mucho suponer) que sea superior á todas las poesías presentadas?

La eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán, ha sintetizado en ingeniosísima frase que habrán ustedes leído en las «Triquiñuelas», de *El M:ño*, el principal defecto de la oda de que tratamos: la *hinchazón*.

La ampulosidad de forma, la vacuidad de concepto (una columna cerrada de versos para decir que Jesús no es malvado!) y consiguiente desproporción entre una y otra, convierten esta oda en algo semejante á la casa de Astrarena, que tenía mucha fachada y poco fondo. Además, el rípió, la impropiedad, el mal gusto y cierta imitación pseudo-clásica, eructo de buenos manjares literarios mal digeridos, forman el ropaje abigarrado con que el señor-Muñoz disfraza sus vaciedades para deslumbrar al lector inexperto.

Y ahora, ¡Cuidado!... ¡Qué es muy fuerte!

¡Horrenda confusión! ¡Lóbrega noche  
De opacas sombras, como el orco negras.

Está oscuro y suena á hueco; pero apesar de tanta oscuridad y de las *opacas* sombras.

La luna, con la lumbre ensangrentada  
Como los ojos del edipo griego,  
Lenta camina etc.

¿Conocen ustedes algún Edipo chino, pongo por ejemplo? Porque si no le conocen, como presumo, el adjetivo griego resulta un rípió *clásico* descomunal. Si hubiera dicho «del Griego Edipo» por el Edipo griego, este adjetivo, substantivado por el artículo, hubiera dejado de calificar á Edipo, y se hubiera evitado que el lector piense en otros Edipos... que no han existido.

Pero dejemos esto y vamos á la desdichada comparación que constituye el pensamiento de esos versos.

Se compara en ellos la lumbre ensangrentada de la luna con los ojos de Edipo. La comparación es incongruente, porque la única semejanza que puede encontrarse entre sus términos es la circunstancia de estar *ensangrentados* los ojos de Edipo y la lumbre

de la luna; que es poco más ó menos como hallar semejanza entre un huevo y una castaña porque ambos tienen cáscara.

¿Cómo encontrar analogía ninguna entre la lumbré que siempre expresa idea de luz, y cualquier clase de ceguera, y mucho menos la de Edipo, que ni ojos tenía? ¿Quién, que vea á un hombre con los ojos ensangrentados, piensa en la luna por muy *ensangrentada* que la haya visto ó pueda figurársela?

Con aullidos de hidrófoba pantera  
Braman los mares, enarcando el lomo  
y espumas de furor lanzando hirvientes.

¡La purga, la purga al instante!... ¡Que se congestiona este hombre!

¿Con aullidos? ¿y bramar?  
¡Este sí que es bravo yerro!  
Si sentis *aullar* á un perro,  
¿pensareis que brama el mar?

Sería interminable este artículo, si hubiéramos de analizar esta oda verso por verso. Espiguemos, pues, al azar.

Haciendo, al describirla, más dolorosa la pasión de Cristo, dice el poeta:

En cada mano un cetro...

¡Hombre; muchos cetros me parecen! Sin querer nos hace V. pensar en un Cristo con muletas.

Y pregunta más adelante:

¿Por qué no rabias como rabía Gestas?

Aquí el autor *se siente* —hidrófoba pantera y *aulla* como *brama* la mar cuando se altera.

El verbo rabiar... ¡Que verbo más poético!

Más si en el hondo mar del desamparo  
y hundido en un infierno de dolores...

¡Pasemos por alto lo del infierno, palabra impropia, aún como metáfora, refiriéndose á los dolores de Jesús, y díganme ustedes por favor, si les parece posible estar metido á un mis no tiempo en tantas honduras.

Dirigiéndose á Jesús exclama:

Yo no sé qué serás: Malvado nunca!

¡Que eufonía! ¡Y qué prosaísmo! Recuerda aquel juego de palabras: —«La mujer del quesero, ¿qué será?»

Y sigue, arrastrando su fardo poético:

¿No ha dicho

ante el orbe el Pictor, que es inocente  
de la sangre del Justo? ¿Y te proscriber?

No haga V. al pobre Pilatos más culpable que lo que fué, y recuérdese que se limitó á lavarse las manos.

Pero está visto que el autor tiene manía á Pilatos, porque añade:

¿Qué es lo que acabas, Insensato Póncio  
de hacer y de decir á un tiempo mismo?

Y sigue:

Si malvado: ¿por qué lo llamas justo?  
Y si justo en verdad: ¿por qué lo matas?

Como argumento no está mal: es sencillito y sin embargo, contundente. Convince al más *lopo* de que Pilatos estaba poco fuerte en lógica; pero... la poesía y el buen gusto no aparecen por ninguna parte.

Enamorado el poeta de su *lignis-mignis* lógico, o tal vez temeroso de que no hayamos quedado bien convencidos, *vuelve á la carga* pocos versos

después, repitiendo su famoso dilema, y amenaza con repetirlo otras cien veces, si aún queda alguien que se resista. ¡No, no por Dios, nos rendimos á discreción!

Otro versito:

Sobre el carro de triunfo de tus hombros etc.

Francamente, esta imagen es un disparate, tanto por los términos que se comparan, como por el recuerdo de escenas de júbilo que despierta la locución «carro de triunfo».

Las frases, «de su divinidad haciendo *alarde*»; «quien, sino un Dios, á prometer *se atreve*», y «quien, sino un Dios, *recaba* el vasallaje de la tierra» etc. son, por lo menos, inadecuadas para expresar sentimientos ó actos de Jesucristo.

Dios no *hace alarde*, ni tiene por qué *atreverse á prometer*, ni por qué *recabar* vasallaje de nadie. Recabar significa obtener por medio de instancias ó súplicas y aún por la fuerza.

Y es á Dios hacer ultraje

*atreverse á alardear*  
de que pueda *recabar*  
Dios, de nadie, vasallaje

Ramillete final:

Tuya la tierra, y hasta el flébil orco  
que ante ti doblarán ambas rodillas etc.

Y dale... con el orco! Y ahora nos lo presenta con rodillas. Un abismo lúgubre doblando ambas rodillas, es mucha imagen.

Pues muere: ¡muere ya!...

Adios... Nerón! Eso es abusar del imperativo  
Ahora la emprende con la muerte:

Llámalá á ti con el sonoro grito  
que en tu garganta moribunda bulle

¡No, no puede llegar, sin que tu propio  
La llames, inclinando la cabeza!

Téngase presente que el gerundio, por muchas comas que le precedan, indica en este caso *simultaneidad* en la acción, aunque el autor no lo quiera.

Aunque mucho lo medito,  
leyendo tanta simpleza,  
no consigo adivinar,  
si Dios, con *sonoro grito*  
ó *inclinando la cabeza*,  
debe á la muerte llamar.

Y basta, á nuestro juicio, con lo dicho para dejar demostrado que el Sr. Muñoz — que podrá ser muy buen novelista y hasta muy buen catedrático de preceptiva literaria, — es, al menos en esta oda, muy mal poeta; sin duda porque una cosa es predicar y otra dar trigo.

Aparte de esto, las personas de buen sentido observarán que, á pesar del estilo ligero de este trabajo quedan á salvo todos los respetos debidos al Sr. Muñoz como sacerdote y aún como literato.

ADELFO.

## Crucifixerunt eum

¡Horrible confusión!... Sobre una mesa de papeles cubierta hasta los bordes lanza un quinqué sus pálidos reflejos, que de la estancia, como el orco triste apenas los rincones ilumina.

De aquella luz al resplandor escaso  
nueve hombres con las frentes apoyadas  
en la diestra y el codo en las rodillas,  
á dictar se disponen la sentencia  
que ha de llevar al templo de la lama  
un canto retumbante, más hinchado  
que el buche de un *favon* en Noche Buena  
y más vacío que las cuencas hondas  
de los ojos sin luz del griego Edipo.

De aquellos hombres en el ceño adusto,  
en el torvo mirar y hondo silencio,  
cualquiera fácilmente adivinara  
que aún en sus pechos la conciencia lucha  
por defender el arte y la justicia  
que ellos, audaces, á pisar se atreven,  
á Apolo y aún á Themis despreciado.

Más... ¡inútil luchar! En la balanza  
de los humanos juicios nada pesa  
el arte, la justicia y el decoro,  
si se dictó sentencia de antemano.

Al dar las dos con lúgubre tañido  
el potente reloj del Intituto,  
en la noche fatal de aquesta historia,  
una puerta se abrió, y aquellos hombres,  
con siniestra actitud y lento paso,  
por ella uno por uno van saliendo  
cual procesión de duendes pavorosa.

¿Mas qué murmuran en callado tono?  
¿Acaso una oración con que pretenden  
alcanzar el perdón de sus pecados?  
¿O sus remordimientos se confían  
por olvidar la voz de sus conciencias?  
¡Jamás!... Nunca confiesa sus errores  
el que estima sus juicios infalibles.  
¿Queréis averiguar lo que murmuraron?  
¡El canto de Pavor entusiasmados!

Mas callaron de pronto.. De la noche  
la sombra opaca como el orco negra  
por el cenit se rasga de repente,  
dejando ver un nimbo lúgubroso.

Como braman los mares con aullidos  
chillan los perros, agitando el rabo,  
y maullando á la vez ¡Oh maravilla!

Y aquellos hombres, de pavor *enchidos*,  
de nube roja en la inflamada cumbre  
ven alzarse una cruz, y á ella colgado  
el Buen Gusto morir lleno de heridas,  
y sobre su cabeza, como un *inri*,  
en letra acusador que en letras rojas  
decía así: ¡Crucifixerunt eum!

CELESTINO VICHY.

## Linternazos

Hallábase San Pedro durmiendo placida siesta  
en el fresco zaguán de los cielos, cuando, de repente,  
sonaron fuertes y repetidos aldabonazos, que hicieron  
retemblar las macizas puertas. Despertó el Santo sobresaltado,  
y acudiendo solícito á cumplir las funciones propias de su ministerio,  
entreabrió cautamente el postigo para evitar la invasión de moscas,  
moscones y mosquitos, molesta plaga para los hombres  
y aún para los Santos, máxime si son calvos.

Puertas afuera, esperaba jadeante y sudoroso el ángel encargado de repartir los despachos telegráficos.

—Hola, muchacho. De donde bueno?—Dijo el Santo.

—De la tierra, y con un telegrama urgentísimo para Dios Nuestro Señor.

Y diciendo estas palabras, puso el despacho en manos del Celestial Portero, que corrió escaleras arriba para llevarlo á su destino.

Enterado Dios del telegrama dijo:

—Es de un poeta que pide inspiración. El asunto corresponde al negociado del Limbo, Jefe don Juan de la Coba y Gómez. Llévadle esa instancia, y que la despache á su gusto.

Jóvenes que sin letras ni talento,  
pedís inspiración,  
mirad la moraleja de este cuento  
en la oda fuera del Sr Cantón.

\* \*

Hay individuos que sudan el quilo y hasta el quimo, para decir, al fin y al cabo, solo disparates.

Después de pedir la inspiración que le faltaba para escribir su *cachito* de oda, dice el poeta:

á cantar voy la gloria refulgente  
de tu imagen sagrada,  
cuando al ver con amarga pesadumbre  
que el hombre en las tinieblas se envolvía  
encarnando en el seno de María  
espiraste del Gólgota en la cumbre.

Y pregunto yo: ¿Alguno de ustedes se ha enterado de lo que va á cantar este hombre? Primero, dice que la gloria de la imagen; después, parece que se refiere á la Pasión de Cristo.

¿A quién me descifre este galimatías le pago el viaje á Egipto con buenas dietas para que interprete los geroglíficos del tiempo de los Faraones.

Estos versitos no tienen desperdicio. Observa cualquiera que el poeta ignora que en las oraciones temporales de gerundio el cuando, (*cum* latino), expresa relación de simultaneidad entre la acción expresada por el gerundio (aquí son dos: *al ver ó viendo y encarnando*) y la acción expresada por el verbo regente (*voy—á cantar—*). De esto resulta que el poeta dice que *va á cantar cuando encarnó y espiró Cristo*, es decir, *al mismo tiempo* que ocurrieron esos acontecimientos. Y aunque por sentido común, ya que no por la construcción gramatical de este período, se comprende que no ha querido el poeta suprimir diez y nueve siglos de una plumada, siempre resultará la simultaneidad entre el *encarnando* y el *espiraste*.

Allí está hermosa augusta y  
en la gran Catedral bella y vetusta  
de Orense la risueña, en un rincón  
de esta tierra gentil que el Miño baña,  
rincón fértil de España etc.

Cinco versos sin idea  
y ocho epítetos. ¿Atiza!  
¿Pero esto es escribir versos  
ó rellenar con ganiza?

Allí en rica hornacina,  
adoramos Señor tu excelsa gloria,  
en tu esfige divina,  
ella es nuestro consuelo y esperanza,  
tu favor nos alcanza  
y unida sin cesar va á nuestra historia.

¡Qué estilo tiene! ¡aspita! ¡Qué bien pone la pluma el pícaro!

Y lo de la *esfige unida á nuestra historia* es tan absurdo como suponer la oda unida al sentido común.

No pulsa tampoco con fortuna el poeta la cuer-

da descriptiva. Al describir la imagen, no acierta a reflejar en sus versos la expresión conmovedora de nuestro Santo Cristo, entreteniéndose en cambio en copiar al detalle.

¡Hombre! para eso está Pacheco, que es buen fotógrafo!

Tal es, eterno Dios de la clemencia  
la sublime figura en que te amamos  
los hijos de este pueblo, y si traidores  
aún niegan los impíos tu existencia

Santo Cristo no llores  
que nosotros jamás te abandonamos.

Lo de la clemencia, es ripio; *los hijos de este pueblo*, frase de bando de alcalde; el *no llores* tiene un aire de protección que encanta, y el que los *impíos traidores* nieguen la existencia del Santo Cristo, es no saber expresar lo que se piensa.

¡Pero lector, qué mala es ésta oda!

No hay otra en español que más me amuele

Esto no es verso, pero es verdad.

Es el mes de las flores Mayo hermoso  
que adorna esplendoroso  
con sus galas y joyas la campiña... etc.

(Su canto ya no es canto, es una piña  
de rípios ¡So *latoso!*)

¿Quién de ustedes ha encontrado joyas en la campiña?

Hé aquí una metáfora—ripio, sobre todo, por ir después de galas que es más comprensivo.

Y ahora que me acuerdo. ¿No dijo el poeta que iba a cantar la gloria de la imagen? ¿Como es que sale ahora con el mayo hermoso?

Como ustedes ven, se aleja  
de aquello que cantar quiere,  
y va su pluma perpleja  
a salga lo que saliere  
como el pintor Orbaneja

En esta oda hay de todo, como en botica. El autor desprecia, por lo visto, lo que los preceptistas llaman *unidad de pensamiento*. Su genio está por encima de las reglas! Antes cantó a mayo, ahora le llega el turno a Orense!

Orense, patria mia, ciudad bella,  
(Creciendo va la longaniza *aquella*)  
donde esparce su luz majestuosa  
la santa religión cual pura estrella,  
(Ver estrella de luz tan poderosa  
las leyes de la óptica atropella.  
Sería el simi! propio  
si la retina fuese un telescopio)  
*permite que al cantar tu fe piadosa*  
(¿Quién le impide al autor hacer tal cosa?)  
mi saludo entusiástico te mande  
(¿Esta usted en Orense, ó esta en... Bande?)  
tu no eres poderosa  
(Eche usted prosa... y prosa)  
pero es tu corazón grande, muy grande  
(Esto es *coba, charol... y azúcar cande*)

Esta glosa mareante  
prueba a todo el que la lea  
que hacer versos sin idea  
es... cuestión de consorante.

Y prueba además, que para hacer versos llenos de rípios no se necesita más que ponerse a ello.

¿Qué gracia tiene lo de mandar a Orense un saludo entusiástico, estando el poeta en la ciudad! Lo habrá enviado sin duda por el correo interior.

Aún no hemos llegado a la mitad de la oda, y ya estamos hartos de cazar *gazapos*. A fé que en lo que resta hay tantos, por lo menos, como en lo transcrito. Cualquiera puede comprobarlo; pero si alguien lo duda, nos ponemos a su disposición para convencerle. Aquí nos contentaremos con *apuntar* a los más crecidos.

que hasta llega a postrarse humildemente  
a tu rostro divino etc.

Hasta ahora, era costumbre postrarse a los piés; pero el poeta lo ha arreglado de otro modo.

¡Atención!... que en vez de gazapo va a caer un conejo padre:

Inmensa muchedumbre  
entona en tu alabanza himnos fervientes;  
la sombra en derredor, en Ti la lumbre,  
la armonía a torrentes,  
el incienso, las flores,  
los pájaros que alegran tu capilla etc.

Que en prosa vil quiere decir: que en Cristo, además de la lumbre, pone el poeta la armonía a torrentes, el incienso y demás zarandajas que cita.

Con estos versos, y más aún con los que les siguen, nos hace pensar el poeta en minuciosas notas *omadas sobre el terreno*.

No es esto una oda,  
es un inventario.  
Ni usté un escritor  
sino un escribano.

Por eso sin duda le han dado la *esc ribania*.

De tu inmenso favor cuentan las gentes  
grandiosas maravillas  
y en mucho ampararás a tus creyentes

Usted ~~escribe~~ lo primero que *salta en su molle-va*. De haber pensado un poco, hubiera usted dicho, en vez de *inmenso favor, inmenso poder*, que es expresión más clara y propia.

¿En mucho ampararás?... ¿Cómo cuanto, poco más ó menos? ¿No podría usted precisar?

De ti todo lo espero,  
dichoso el que a tus plantas es llamado

Aquí, el autor imita con éxito a D. Juan de la Coba, que decía en una de sus memorables comedias.

Dichoso el que te prefiere  
¿Cuando a tus plantas me llamas?

Golpe final:

A dios, augusta imagen, a ti llego

Pero ¿en qué quedamos? ¿Se va usted, se queda, ó hace que se va y vuelve?

Vi el *adios* con mucho gusto,  
que enseguida fué amargado  
por el susto  
que produce el *a ti llego*  
con que luego  
da usted miedo al más pintado.

Salvedades analogas a las consignadas en el anterior artículo, hacemos aquí respecto a la personalidad del Sr. Cantón.

ADELFO.